

Un Congreso distinto

Por: Luis Sexto

Revista Bohemia, 18 de octubre de 1991, p.24-29

Estoy en el balcón del imponente y a la vez ligero Teatro Heredia de Santiago de Cuba. Este momento lo inaugura. Miro hacia abajo, y en la sala solo veo camisas y guayaberas que junto con el verde esmeralda de las 2500 butacas imponen un acento de frescura, de cotidiana espontaneidad en el ambiente. Aquí- me digo- no podrá celebrarse un congreso político marcado por una solemnidad, que inhiba, una rigidez, que frene.

Minutos antes que he visto a los delgados e invitados, en un caravana de aproximadamente dos mil personas, recorrer a pie el medio kilómetro que separa el teatro de las instalaciones de hospedaje; son las mismas que albergaron a los deportistas en los recientes Juegos Panamericanos; También son las mismas las literas donde ahora duermen los participantes del Congreso emparejados por la democracia del Partido.

Son las primeras impresiones. La subjetividad me ronda. Mal comienzo para un periodista que va a reseñar, valorar un hecho al que le faltan pocos minutos para comenzar. Es 10 de octubre. A las 9 de la mañana, la campana de la Damajagua- el Ingenio de Carlos Manuel de Céspedes- suelta cuatro tañidos leves, casi opacos, como si llegaran físicamente de la distancia medida por 123 años. El VI Congreso del Partido se inicia.

Y me voy dando cuenta de que los linderos entre la subjetividad y la objetividad se mezclan porque se combinan la pasión y la sensatez, el aplauso y el debate, la consigna y la reflexión. Fidel ha sido el primero en apartar el protocolo; no lee un pormenorizado informe como en los tres congresos precedentes; improvisa una pieza en la que predomina el tono coloquial, el análisis, la explicación y advierte, aclara la raíz de los problemas, las perspectivas. Antes había dicho que no adelantaría ninguna idea sobre los documentos de inmediata discusión. No quiere- juzga el periodista- que su

acatada autoridad, su sabiduría influyan y amengüen la puja de las ideas. Siempre, a partir de este instante, hablará después que lo hagan otros, y dialogará y preguntará...

Los oradores se suceden. A ninguno se le indica límite, el Congreso se pronuncia también de ese modo contra el formalismo y se trenzan en confianza la voz gruesa de los obreros, la retórica fina de los intelectuales, la precisión conceptual de los científicos, la ocurrencia oral de los guajiros. Hasta un delegado- llamado Adolfo Alonso, popular cultor de la décima- plantea sus opiniones en la aplanada espinela, como diría el Indio Naborí.

Veo en el Congreso aquella libertad, aquel calor de gente de las primeras reuniones de la Revolución. ¿Regresamos al pasado? No: rescatamos nuestra personalidad histórica, el imperio de nuestra idiosincrasia.

En la primera noche, enterado el plenario de que Silvio Rodríguez cantaría en la Ciudad Escolar 26 de Julio-antiguo cuartel Moncada-, le envían una petición: pasa por acá: cántanos. Y Abel Prieto, presidente de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba, en la presidencia del Congreso, va a transmitirle el recado en el sugerente énfasis de Fidel. Y el trovador acepta. Y confiesa al pleno: es la actividad más intempestiva de mi vida. Saltan la cuerda y la letra: Vivo en un país libre... y aplausos; y luego: Si me dijeran pide un deseo... y aplausos. Se levanta. Grita: Viva Fidel!: se marcha; lo esperan centenares de santiagueros. Fidel lo abraza, le habla bajito, y el cantante regresa, saca del estuche la guitarra, y todos escuchamos: Yo me muero como viví... y aplausos.

Viene un rumor de historia cubana en los gestos individuales de entrega, desprendimiento, renuncia. Y empareja a los revolucionarios actuales con los del 68, del 95, del 30, del 53 y del 61. Un delegado, militante jubilado, pero con la conciencia nueva, se encamina despacio hacia la tribuna presidencial a donde irán muchos a sentarse para hablar obviando jerarquías. Camina despacio, despacio. Llega, y su acción conmueve: entrega a la Revolución, en las manos de Fidel, joyas familiares, valiosas en sí misma y más valiosas ahora

porque el hombre renuncia del padre, del abuelo. Es Juan Nilo Otero, y lo hace porque sus hijos y él prefieren donarlas al Partido antes que cambiarlas por bisutería.

Y Alberto Lescay, escultor santiaguero a cuyo talento se debe el vivo, electrizante Maceo ecuestre de la Plaza de la Revolución de Santiago- donde el lunes 14 se clausuró el Congreso- dona los derechos de autor que les corresponden a sus compañeros y a él. Son 289 mil pesos

III

Mientras suben al escenario hombres de ciencia del Centro Nacional de Investigaciones Científicas del Instituto de Biotecnología e Ingeniería Genética, de otros centros de investigaciones y asistenciales. Parece una rendición de cuenta; sólo consigue aplausos. El Congreso aprecia a estos hombres eminentes como personas sencillas, dedicados sin horas al trabajo. El programa del Partido traza la tarea de convertir la ciencia en una fuerza productiva directa. Ya lo es y los logros, los productos que se enuncian, se explican someramente para que el enemigo-siempre con el ojo torcido- todavía no lo sepa. El futuro inmediato depara un espacio a la medicina, la biotecnología y la industria farmacéutica en la economía del país. Y se ve claro: Cuba deposita en sus científicos una gran esperanza.

Otros oradores levantan la mano: o piden la palabra de viva voz. Y se les concede. Se discuten resoluciones sobre los estatutos, el programa del Partido, el perfeccionamiento de los órganos del Poder Popular, el desarrollo económico. En la agenda aparece también la elección del Comité Central, que tendrá 225 mil miembros y será renovado en el 53 por ciento. Faltan otros documentos. Los días no son eternos, y entre los periodistas, que observamos y sentimos se experimenta la certeza de que allí nadie quiere acabar. Y así llegamos al lunes 14.

Y el trayecto de las largas, laboriosas sesiones hay asuntos que se empeñan en permanecer, y los delgados pelean su turno. No hay entre aquellos ninguno programado; había quien lo desee a despecho de acuerdos provinciales. Los años del cuello duro y las corbatas pasaron a las reuniones del Partido. Y a veces un planteamiento superficial o un titubeo en la coherencia recibían un murmullo reprobador. Lo elocuente y atinado gozaban de los aplausos; por momentos hubo demasiados. Bueno pase; todos estamos en el ruedo de la emotividad.

Edicto Russeaux, jefe de la brigada 30 del Contingente Blas Roca-los contingentes rindieron también sus gloriosas cuentas-; Edicto, el quantanamera negro de pelo blanco, que encabeza una agrupación que cosechará plátanos como elefantes en Güines, hace que el Congreso se percate una vez más de que cuando un hombre es el mismo permaneciendo fiel a su autenticidad y su sinceridad, y habla sin guiones, cualquier asamblea se profundiza y airea. Desde una silla presidencial, Russeaux describe toda la productividad, la disciplina, la consagración de sus subordinados. Sus comentarios se tiñen de humor, de chisporroteo criollo. Se trata, desde luego, de un cuadro de camisa sudada. Dando el ejemplo. La Revolución es un trabajo político. Y la esencia revolucionaria de la política es la ejemplaridad. Sobre ella el Congreso discutió y acató su urgencia.

IV

La asamblea se detiene en la delincuencia y la indisciplina social. Causas, no culpas, se piden. Hay autocrítica. Fidel reconoce que hemos fomentado el hábito del desorden y la anarquía. Y sobreviene la respuesta de la voluntad: poner coto a esos problemas. El pleno grita: guerra, guerra a cuantos pretendan violar la tranquilidad y la propiedad del pueblo.

Rigor, disciplina, exigencia piden los delgados para la legislación laboral. En el capitalismo –dicen- ningún trabajador puede estar parado en su puesto de

labor: en el socialismo tampoco, y con menos derecho a pararse porque el socialismo no los asegura todo.

Sigo en el balcón. En el fondo del escenario veo a Martí en un extremo y a Marx en otro: en el medio el lema del presente, el deber de la actualidad: salvar la Patria, la Revolución y el Socialismo.

También en esto el Congreso es distinto: la sobriedad recomendó colocar los rostros de los símbolos que inspiran al Partido; al menos los que si contiene otros símbolos, son los casos de Martí y Marx.

La gente prosigue hablando. Anoto las palabras que más repiten: unidad, democracia, bastión, socialismo, revolución, historia, economía, trabajo, disciplina, gloria, confianza,, honradez, patria, valentía, análisis... futuro.

Esas palabras resumen conceptos claves de las resoluciones discutidas. Por ejemplo: si unidad, los delegados aprueban que ahora, como nunca antes, el Partido es el Partido de la nación, y por lo tanto en su seno caben los revolucionarios de vanguardia con creencias religiosas. Y si democracia, más democracia aprueban que los diputados a la Asamblea Nacional y los delegados a la provincial sean elegidos por voto popular como se eligen los de base. Y si economía, futuro, levantan las manos para validar la decisión de ampliar las empresas mixtas con capital extranjero, y acrecentar la base material del turismo y de la industria médico farmacéutica, y de se modo preparar al país para afrontar y dejar atrás el período especial...

Acabo de escribir cuando el Congreso finaliza. Poco tiempo entre el acontecimiento y la mirada. Aún no me he desembarazado del entusiasmo, de la emoción. La subjetividad me cerca. Y le doy el visto bueno. Los revolucionarios piensan y actúan, sueñan y trabajan en una operación, casi simultánea. Y quizás veamos en el devenir, más cerca o menos lejos en dependencia de las condiciones materiales, que el Congreso en si mismo , en su dinámica interior , es anticipo del perfeccionamiento del socialismo en Cuba

y una concreción de la actitud nacional por preservar en la obra de la Revolución

El IV Congreso ha sido- lo definió Fidel- un Congreso distinto.